

LA MODA DE LA LIBERTAD

CUANDO se escucha la palabra «libertad» pronunciada por ciertos labios no se puede retener un sentimiento de inquietud. Ocurre en estos días que el viejo término fundamental se está poniendo de moda. La moda, como se sabe, es una forma, y se caracteriza porque es efímera. Muchas veces se adopta una moda sin saber por qué: se sigue la moda, se imita la moda y, finalmente, son aquellos que la adoptan por no quedar fuera de la corriente, quienes la llevan sin gana y la critican desde dentro, quienes acaban con ella, quienes llegan a ridiculizarla. La libertad tiene mucho menos que temer de quienes la combaten directa y claramente, de quienes se arriesgan a decir que no creen que sea un bien común, que de aquellos que se resignan a aceptarla y a proclamarla simplemente por estar a la moda política, o a la moda religiosa, o a la moda en general; y quieren defender así su puesto en la sociedad. Es cuestión de preguntarse si la libertad es siempre una virtud privativa de las oposiciones, una fuerza que se esgrime frente al poder —sea quien sea el poder, sea cual sea el sistema que represente—, cuyo

progreso depende precisamente de la fuerza de desgaste que la oposición ejerce sobre el poder. Se trata de un impulso de abajo arriba. En nuestro tiempo, una serie de fuerzas oprimidas han conquistado —o están conquistando, o comienzan a conquistar— ciertas formas de libertad frente a poderes establecidos. Los pueblos colonizados han salido de su larga noche, a regañadientes de quienes les oprimían; el proletariado ha conquistado una nueva posición económica, política y social en todos los países, en todos los sistemas; la mujer conquista cada día puestos nuevos en una sociedad masculina creada por el hombre; la juventud vence ciertas formas del conservadurismo paternal. Hubo un tiempo en que el espíritu de conquista era universalmente admirado y los escudos heráldicos presentaban leones o águilas; este de ahora, en cambio, es un tiempo en el que cualquier intento de un país por dominar otro se reprueba unánimemente. «Señores, puede ser que, a fin de cuentas, no haya más que una querrela entre los hombres: la de la libertad». Esta frase la pronunciaba De Gaulle hace tiempo. Hoy, que está en el poder, muchos de sus





por **EDUARDO HARO TEGLEN**

semántica de quienes defendían la idea del «mundo libre» frente a quienes luchaban por la «liberación de los pueblos»... de ese mismo «mundo libre».

Es cierto que el concepto de libertad resulta difícil de definir. «No hay palabra que haya recibido más distintas significaciones y que haya impresionado los espíritus de tantas maneras que la palabra libertad», escribía Montesquieu en el «Espíritu de las leyes»; y Paul Valéry decía que es una de esas palabras que «cantan más que hablan», que tienen «más valor que sentido». Podría acumular aquí, ahora, una serie de definiciones de la libertad, desde las de Aristóteles hasta la de Engels y Marx, sin por ello añadir nada a esta canción de la libertad, a este valor de la libertad que es, en el fondo, un instinto del hombre, un instinto tan agudo que ante cualquier acto, ante cualquier hecho, reconoce inmediatamente si se trata o no se trata de un atentado contra la libertad.

Es un hecho que, tomando el mundo como un todo, desde la antigüedad esclavista hasta la actualidad de sindicatos y partidos lo que todos entendemos como libertad ha seguido un movimiento constante hacia mejor, hacia mayor abundancia. Puede ser que en este momento en que vivimos se haya llegado a su instalación moral y psicológica definitiva. Y es cuando surge el riesgo actual de su transformación. Por eso inspira temor el uso de la palabra libertad por las mismas personas que ayer aún consideraban la libertad como un atentado contra el orden —contra su orden— y como la culpable de los principales males de la Humanidad. El problema está no en que esas personas que adoptan las nuevas formas de la libertad sean ahora conversos, o hayan aceptado de buena fe la corriente dominante. Puede admitirse que no comprendieran o no aceptasen la libertad cuando era una presión de abajo a arriba, y comprendan y acepten ahora que la libertad se institucionaliza; en ese caso, bienvenidos sean, y allá quede su pasado. El verdadero problema está en que su mentalidad no varíe y cambie sólo su actitud exterior.

conciudadanos le reprochan por ser enemigo de la libertad. El partido laborista británico ha sido, durante muchos años, el representante de una idea de la libertad, frente al partido conservador; ahora que está en el poder, duda mucho en cumplir sus propios dogmas políticos. Lord Bertrand Russell, uno de los más pintorescos, pero firmes, combatientes de la libertad del hombre, acaba de romper el carnet del partido laborista que le había sido entregado hace cincuenta y un años, en vista de que el partido ha olvidado «los nobles ideales de la fraternidad humana». Sin embargo, en el programa y en la palabra del laborismo figura la palabra libertad inscrita en primer término.

Este es, precisamente, el riesgo a que me refero: al de la separación que una moda puede producir entre el concepto y la palabra. «One word is too often profaned», decía el poeta Shelley; las palabras son profanadas con demasiada frecuencia. Es decir, vaciadas, desprovistas de su profundo significado, de su intencionalidad. Cuando un poder es incapaz de resistir una fuerza moral de oposición, finge asumir esa fuerza; la digiere, y, finalmente, la transforma. Pensemos en el socialismo. La fuerza con que el socialismo surgió de sus primeros padres fue tal que pronto se vio que era inútil resistirse a algunas de sus premisas. Comenzó entonces el proceso de digestión de las ideas motrices del socialismo por parte de los grupos amenazados hasta el punto de que la palabra socialismo, por sí sola, hoy tiene un escaso significado y asistimos a una proliferación de socialismos acompañados de otros vocablos de forma que la idea original, en muchos de ellos, ha desaparecido para siempre: el nacional-socialismo, la social-democracia, el socialismo árabe, el «campo socialista», el socialismo laborista; en varios países occidentales, el partido socialista está dividido en dos, o en tres sectores enemigos entre sí, que resultan irreconciliables. Una sensación similar debieron sentir los primeros cristianos cuando vieron cómo algunos césares intentaban el principio de una digestión del cristianismo para adaptarlo a la fuerza del imperio.

Con el concepto de libertad está ocurriendo esto mismo desde hace tiempo. Se conserva la magia de la palabra con el fin de hipnotizar a las muchedumbres. Tomemos como ejemplo la guerra más importante de las que ocurren en la actualidad: la del Vietnam. Los Estados Unidos se proclaman «defensores de la libertad»; los guerrilleros, luchadores de la liberación, guerrillas de la libertad. Durante los largos años de la guerra fría hemos asistido a esta lucha

EN todo caso, no es malo que se hable de libertad, y aun que se abuse del vocablo. Volvemos a los ejemplos anteriores. Si ciertamente el concepto del socialismo se ha destripado por esta invasión desde dentro, por este caballo de Troya de clases y sectores privilegiados que se han introducido en su seno, no es menos cierto que, a costa de ello, el mundo está socializado en cierta forma. El Imperio romano que intentó una digestión del espíritu cristiano no pudo resistir, sin embargo, a la fuerza creciente de éste y perdió sus formas injustas.

El profesor Mauricio Duverger («Fundamentos económicos de la libertad») asegura que la libertad depende en principio de un cierto nivel de vida material, del cual depende a su vez un cierto nivel cultural. «En tanto que el hombre está dominado por la miseria y el hambre, el problema de la libertad no se plantea». Es probablemente una visión demasiado académica de la cuestión. Cuando el hombre está dominado por la miseria y el hambre se plantea el problema de la libertad contra la miseria y el hambre, que son precisamente dos de las fuerzas enemigas de la libertad. Ahora bien, hay una gradación de idea de libertad, y una de las formas elevadas es la de la libertad intelectual, que es posiblemente la que se plantea el hombre cuando ha llegado a la situación que describe Duverger: un cierto nivel material y cultural. A partir de ese momento se descubren problemas relativos a libertades que existen o de las que hay carencia. Son estas ideas fundamentales las que forman el tema de la libertad en nuestras sociedades actuales. Muchas personas la aceptan como una moda; otras, como una servidumbre que tienen que aceptar —en el fondo, es lo mismo—. Estas personas extrañan un peligro: el de la falsificación del concepto. Sin embargo, el concepto está ahí, vibrante y vivo, y el hecho de que haya tenido que ser asumido hasta por algunos de sus enemigos nos da la mejor medida de su permanencia.